

HOMILIA (Isaías 2:1-5; Salmo 18:2-5; Hechos 1:3-8; Mateo 28:16-20)

En el evangelio oímos que Jesús se despide de sus apóstoles porque regresa al Padre. Es cuando hay despedidas que apreciamos mejor a la persona que dejamos o la que nos deja, pero solo cuando el tiempo ha llegado para decirles adiós. Más difícil aún es en el caso de una muerte repentina de un ser querido: cuando no tenemos la oportunidad de decirle adiós. Nosotros, como los apóstoles, nos quedamos con las memorias de las personas y los sitios donde hemos estado.

La ascensión aparece solo en el evangelio de Lucas y en los Hechos. “Llevado al cielo” es el legado literal que Lucas usa para indicar que Jesús está con el Padre en el cielo. Santo Tomás Aquino nos dice que Jesús subió por su propio poder y nos ofrece tres razones por su despedida: para el aumento de nuestra fe, para darnos

esperanza del cielo, y nos dejó un amor encendido a las cosas celestiales. Pero este punto de vista celestial no es una espiritualidad “ilusoria” que nos permite escapar de la realidad de la vida cotidiana, pero una sólida posición de fe y convicción de que hemos sido elevados con Jesús y que podemos confiar en Él en todo lo que nos suceda. Ésta es la esencia de lo que significa ser una nueva persona, una nueva creación en Cristo Jesús.

Muchos hemos salido fuera de nuestros hogares por el trabajo, la escuela o la universidad, de viaje o permanecemos en casa, y todos tenemos una actitud de oración basada en la fe de que Jesús nos lleva guardados en Su corazón en todo momento. Jesús nos eleva y nos reconforta, especialmente en ocasiones de prueba y tribulaciones, pero lo que nos sostiene es la fe y la confianza que tenemos en Su promesa de que siempre

estará con nosotros hasta el fin del mundo. El amor de Dios debe ser para nosotros fuente de fortaleza y valentía para que logremos superar los obstáculos de la vida y confiar en Jesús en cualquier situación.

En la 2da lectura Jesús nos pide que continuemos con la misión que él comenzó mientras estuvo con nosotros. Jesús comenzó su misión unido por el ES y ahora la termina y promete enviar ese Espíritu a los apóstoles para que continúen su misión en la tierra. Jesús quiere que esa alegría esté completa en nosotros. Eso no quiere decir que no tendremos cruces, pero Jesús espera que vivamos con su alegría sin importar lo que el mundo piense de nosotros. Elevemos nuestra oración a Jesús y pidámosle fortaleza para hacer frente a las situaciones difíciles. Él nos ayudará a responder como Él mismo lo haría. Jesús nos sacará de los hábitos del mal que nos atan y nos causan dolor.

Esas experiencias personales en la vida, durante ciertas etapas del crecimiento a la madurez, son importantes porque nos ayudan a la forma que vemos el mundo. Los momentos que celebramos son lo que nos indican que tenemos principios y finales en nuestras vidas. Tenemos personas y sitios muy familiares, y cuando nos toca partir, eso nos trae lágrimas y tristeza; y es entonces que comenzamos a vivir de nuestras memorias y comenzamos a enfrentarnos a retos nuevos. Eso es lo que sucede en el relato de Lucas sobre la partida de Jesús. Su relato en Hechos marca el final de una era y el comienzo de otra. Este capítulo de los Hechos comienza donde el evangelio de Lucas termina—con la ascensión de Jesús. Jesús ha terminado su trabajo con los apóstoles y ahora los deja cuando él entra en la exaltación con el Padre. Lucas divide la vida de Jesús en tres partes: la resurrección, la ascensión y la

venida del ES. Jesús le asegura a los apóstoles que su misión continuará por la inspiración del ES e inaugurará la nueva era en la historia de la salvación.

Así que, continuemos con la misión que Cristo nos encomendó. No nos quedemos mirando hacia arriba ni con los brazos cruzados. Si no han empezado la misión encomendada por Cristo, entonces es hora de que comiencen. Pablo nunca conoció el Jesús terrenal, pero presenta la resurrección de Jesús como una entronización: Cristo sentado a la derecha del Padre en la gloria. El poder de la resurrección es inmesurable de alcanzar, está trabajando en nosotros y está distribuido entre los miembros de la Iglesia.

Jesús quería unir a todos los pueblos que antes estaban dispersos y separados en una nueva clase de unión—la Iglesia: el Cuerpo de Cristo. Está claro que el dominio de Cristo va

más allá de los confines de la tierra. Él tiene el dominio sobre todo / y todas las cosas son influenciadas por la regla del Señor resucitado. Aquellos que creen en él respetan todas las cosas creadas y trabajan para defenderlas, protegerlas y preservarlas.

Es en el evangelio que Jesús declara que todo poder en el cielo y en la tierra se le ha sido dado y esa autoridad total vive en él. Jesús deja su misión en las manos de los apóstoles: predicar, bautizar, y mantener la esperanza viva hasta el fin del tiempo—por eso nos envía a que bautizemos en nombre del Padre y del Hijo y del ES. El evangelio también nos da muchos símbolos e imágenes y la declaración, “Yo estaré siempre con ustedes”, nos recuerda el nombre dado a Jesús—Emanuel. La presencia de Jesús está asegurada hasta el fin del tiempo.

Pidamos a Jesús que nos levante de donde estamos, que nos lleve a

sentarnos con Él a la derecha del Padre, y que nos ayude a confiar que siempre nos guardará a Su lado durante todo el día, la semana, el mes, el año. Los dejo con las palabras del Papa Benedicto XVI: “Ser cristiano no es el resultado de una elección ética o de una idea elevada, pero sí el encuentro con un evento, una persona, que le da vida a un nuevo horizonte”.